

los malos dias de la anarquía griega, suspira por salir de donde está; pero se consuela de la severidad de su destierro, acogiendo con suma bondad á sus paisanos, y representando con una finura y una cordialidad sin iguales, la alta proteccion de la Francia en un pais que es preciso amar en su pasado y en su porvenir.

15 de Agosto, 1832.

No escribo nada; mi alma està marchita y triste como el horrible pais que me rodea; riscos pelados, tierra rojiza ó negra, arbustos rastreros y empolvados, llanuras pantanosas donde el helado cierzo, aun en el mes de Agosto, silba sobre dilatadas jarales,—y nada mas. Este suelo de Grecia no es mas que la mortaja de un pueblo; esto se parece á un antiguo sepulcro, despojado de sus huesos, y cuyas piedras mismas están dispersadas y ennegrecidas por los siglos. ¿Dónde está la hermosura de esa Grecia tan ponderada? ¿Dónde está su cielo dorado y trasparente? Todo aparece mustio y nebuloso como en un desfiladero de la Saboya ó de Auvornia en los últimos dias de otoño. La violencia del viento del Norte que penetra con estrepitosas oleadas hasta el fondo del golfo en que estamos anclados, nos impide partir.

18 de Agosto, en el mar, fondeados delante de los jardines de Hydra.

En fin, partimos anoche con una buena brisa de Sudeste, dormimos en nuestras hamacas. A las 7 estamos fuera del golfo; el mar está hermoso y hierre armoniosamente las paredes del bergantin. Estamos en el canal que se prolonga entre la tierra firme y la isla de Hydra y Sepezzia.

Hácia medio dia, nos echa el viento á la costa del continente enfrente de Hydra. Terribles vendabales que parten de todos los puntos del compas, hacen peligrosa la faena. Se nos rasgan las velas, y estamos á pique de que se nos rompan los mástiles; por espacio de tres horas luchamos sin tregua contra furiosos huracanes; los marineros están rendidos de cansancio; el capitan parece inquieto por la suerte del buque; en fin, consigue llegar al abrigo de una costa elevada y á un fondeadero conocido de los marinos, enfrente de una graciosa colina llamada los jardines de Hydra, donde echamos el ancla á una milla de la playa y no lejos del bergantin de guerra *el Genio*, que ha seguido el mismo rumbo.

Dia de descanso en un mar siempre agitado, y bajo los vendabales que silban en nuestros mástiles:

—bajamos á la costa, que es el mas hermoso punto que hemos visitado hasta ahora en Grecia. Altas montañas dominan el pais; todavía ofrecen algunas capas de tierra, algunos prados de un verde pálido en sus cóncavas laderas;—bajan blandamente y esconden su pié en algunos bosques de olivos; mas lejos se extienden en suave declive hasta el canal de Hydra que corre à su pié, como un ancho rio mas bien que como un mar. Allí descansa la vista sobre una ó dos quintas rodeadas de jardines ó huertos; se ven tierras cultivadas, grupos de castaños y encinas verdes, rebaños, algunos aldeanos griegos que labran la tierra; soltamos nuestros perros y cazamos todo el dia en la montaña, no sin fruto.

La ciudad de Hydra, que cubre toda la pequeña isla de este nombre, brilla al otro lado del canal, blanca, resplandeciente, tersa como un peñasco tajado de ayer. Esta isla no ofrece una pulgada de tierra à la vista; todo es piedra; la ciudad lo cubre todo; las casas se alzan perpendicularmente unas sobre otras, refugio de la libertad del comercio, de la opulencia de los griegos durante el dominio de los turcos. Se puede medir la civilizacion creciente ó decreciente de una nacion por los aspectos de sus ciudades y de sus aldeas; cuando la seguridad y la independencia aumentan, las ciudades bajan de las montañas á las llanuras; cuando renacen la anarquía y la tiranía, vuelven à subir á los montes ó se

refugian sobre los riscos del mar. En la edad media, en Italia, en el Rhin, en Francia, las ciudades eran nidos de águila en las puntas de inaccesibles rocas.

La misma fecha.

La noche està serena. Pasamos una tarde deliciosa sobre cubierta. Mañana saldremos si no sopla el cierzo con la misma violencia que hoy.

19 de Agosto 1832, en alta mar.

Hemos levantado el ancla á las tres de la madrugada. Un viento regular nos ha dejado acercarnos á la punta del continente que se avanza en el mar de Aténas; pero allí nos ha acometido una nueva tempestad, mas violenta todavía que la de la víspera, y hemos estado separados un momento de los dos buques que navegaban de conserva con nosotros. El mar se puso terrible; rodabamos de un abismo à otro; las vergas entraban en el agua y la espuma bañaba el puente. El capitan se obstina en doblar el cabo, y lo consigue al fin de muchas horas de impotentes faenas; ya estamos en alta mar, pero el viento es tan recio, que el bergantín deriva considerablemente; tenemos que endere-